

MEMORIA

José Luis Meilán

ESTAS líneas han sido pensadas en el aire, sobre las nubes más blancas que grises que no dejan ver el Atlántico. ¿Habría escenario mejor para recordar a Florentino Pérez-Embid? Arriba, el cielo azul; abajo tiene que estar la mar oceánica, la ruta de los descubrimientos geográficos que él estudió hasta su muerte. Y las turbulencias pasajeras que aconsejan abrocharse el cinturón, me hacen sonreír recordando su miedo, casi vencido, al avión.

El ruido de los motores, a fuerza de trabajar continuamente, deja de oírse. El tiempo pierde así su punto de referencia; se queda sólo el pensamiento, sin barreras, absorbo en el «paisaje del alma». Un año ya. Todavía subsiste la esperanza irreal de verle aparecer cualquier día, inmensamente cordial, abierto a todos, chispeante de ingenio, sonriente —«llegué por el dolor a la alegría»— como en el primer verso del Premio Adonais de poesía que él había creado.

Nos queda —y no es poco— en tantos que hemos sido sus amigos, alguna parte de lo que hizo, incorporado a nuestras propias vidas. «El tiempo presente y el tiempo pasado están tal vez ambos presentes en el tiempo futuro», escribe T. S. Elliot en la obertura de sus *Cuatro cuartetos*. No quiero evocar ahora viajes y conversaciones que no tendrían quizá más significación que la personal. Sí quiero actualizar un par de facetas de su proyección pública, que tienen validez en esta hora de España que vivimos, cuando aquel futuro que había que configurar es, en buena parte, ya presente.

Pérez-Embid jugó la carta de la Monarquía con una fidelidad a la institución y una lealtad a las personas que podría sorprender a quienes sólo conociesen su talento político y no hubiesen ahondado en el motor de su actividad. Sin tapujos, ni cálculos, fue monárquico cuando aquello era un «handicap» para la carrera política. Durante años formó parte del Consejo privado de don Juan y era perfectamente consciente de que aquella significación le supuso un largo ostracismo. Y es que, sin ánimo de extrapolar, la política no era

para él ni un puesto de trabajo, ni una táctica para llegar a una poltrona ministerial, para la que, de otra parte, estaba extraordinariamente dotado. El corazón —por donde se quebró al fin— y sobre todo la finura de su espíritu le hizo mantener derechamente una línea fundamental de conducta pública cuya alta ponderación se eleva todavía más cuando se tiene en cuenta su extraordinaria facilidad para el quiebro, la flexibilidad de su temperamento para convivir con todos y comprender.

Uno de sus muchos amigos, que gozaron con su charla amena y expresiva, le definió como «un andaluz con agenda». Quienes han trabajado con él pueden testimoniar esas condiciones fundamentales para el gobernante: capacidad para hacerse pronto cargo de una situación, jerarquización de los objetivos, y una decisión ordenada para realizarlos hasta el final, sin que la eficacia ahogase su innato sentido estético. Quedan muchas muestras de ello en el mundo tangible de las obras y de los monumentos artísticos.

Pero junto con esas cualidades, tenía otra que magnificaba la dimensión de su capacidad política: el hábito de los grandes horizontes, a los que ayudaba, probablemente, su formación histórica. Por motivos diferentes a los de Hegel, tendía a ver la Historia como una historia del espíritu y la política como actividad para permitir el despliegue de los valores del espíritu, de las ideas. Siempre fue así, desde la Dirección General de Información, en el Ateneo y a lo largo de sus empresas intelectuales en el sector privado, a veces en una soledad, contra corriente, emocionante. En la última etapa de su vida, al frente de la Dirección General de Bellas Artes y en sus últimos e inolvidables artículos en «ABC», reclamando de los poderes públicos una atención específica para los asuntos de la cultura.

En este primer aniversario de su muerte, cuando «resuenan pisadas en la memoria / por el sendero que no recorrimos / hacia la puerta que no abrimos nun-



Con el autor en la I Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente. Junio 1972. Estocolmo.

ca», me permito renovar ese mensaje suyo. España, segundo país del mundo por sus riquezas artísticas, dedica en los Presupuestos del Estado que acaban de dictaminarse una cifra que no resiste una comparación honrosa con lo que al mismo fin dedicaba la Segunda República. De otra parte, los ministros de Educación, ahogados por los acuciantes e ingentes problemas educativos y de la investigación, difícilmente podrán prestar una atención preferente a lo que no puede ser considerado como un lujo de España.

Ahora que parece ser época propicia para la imaginación en el poder, podrían recuperarse de los archivos proyectos de reforma en que a los asuntos culturales se les hacía objeto de consideración sustantiva.

No es un lujo; es casi una empresa de supervivencia, para evitar la barbarización, imperdonable en un pueblo de nuestra tradición cultural; no somos exclusivamente el décimo país industrial. Pienso que un símbolo de esa apertura de la Administración a la cultura sería el restablecimiento de la Dirección General de Bellas Artes dentro de esa nueva estructura que Pérez-Embidi propugnaba.

Recordar estas ambiciones del entrañable amigo que fue Florentino Pérez-Embidi es mi modesto homenaje público a su figura. Cumpló así con el testimonio de T. S. Elliot —mi asidero en esta ocasión—, «lo que podría haber sido y lo que ha sido / apuntan a un fin único, que es siempre presente».